

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 14, 21b-27): *Exhortándolos a perseverar en la fe.*

Salmo (144, 8-9.10-11.12-13ab): *«Bendeciré tu nombre por siempre jamás»*

2ª lectura (Apocalipsis 21, 1-5a): *Esta es la morada de Dios con los hombres.*

Evangelio (Juan 13, 31-33a.34-35): *Que os améis unos a otros; como yo os he amado.*

Los textos del Nuevo Testamento, que nos presenta la liturgia de hoy, nos dan una visión de la Iglesia: de la presente y la futura, de la ideal y de la real. Hablan de la vida de fe, de las luchas por la fe y de las claves de la fe. El pasaje del Evangelio, es un extracto del discurso de despedida de Jesús con el precepto del amor fraterno como testamento suyo y distintivo de los suyos. No resulta difícil imaginar el gesto sorpresivo de los discípulos al escuchar de labios de Jesús: *«me queda poco tiempo de estar con vosotros»*. Entonces, **¿qué va a pasar? ¿Se acabó todo?**

Pero Jesús no les deja huérfanos. Él sigue presente con ellos y esta fe en su presencia es un gran reto para la fe. Cuesta menos creer en la tumba vacía del cuerpo de Jesús que creer en el mundo lleno de su Espíritu capaz de transformar un mundo nuevo, una sociedad nueva con unos hombres nuevos, regida por las leyes del amor que Él nos deja como testamento y contraseña.

En todo tiempo necesitamos de alguien que levante la moral, pero no con engaños o con opio de estupefacientes sino con la Verdad de Dios. No es probablemente más fácil vivir la fe que entonces. Pero, en los evangelios encontramos los principios para interpretar los “*signos de los tiempos*” y comprobar que la historia de la Iglesia avanza entre luchas.

Pero juntamente con el poder de la fe en la resurrección de Jesús y en el poder del amor, anuncia Pablo las luchas inevitables contra los poderes del mundo: por muchas tribulaciones conviene entrar en el Reino de Dios. El Reino de Dios no exime de las luchas; más bien las presupone. El mensaje anuncia una meta pero no elimina las piedras del camino.

Los cristianos hemos creído en el amor, hemos experimentado que Dios nos ha amado hasta el extremo, que nos ha dado la vida, nos llama por nuestro nombre y nos envía a ser colaboradores suyos. Es una experiencia radical de amor que nos sitúa en un horizonte nuevo. Vinculados a Dios y enviados a ser signos de su amor. Un amor que nos mostró Jesús en su cercanía a los necesitados, a los marginados y a quienes sufrían por cualquier motivo. Su entrega le llevó a dar la cara por el Padre Dios y la vida por los demás. El camino de su vida pareció terminar en su muerte en la cruz. Su resurrección certificó el amor de Dios... un amor que va más allá de la muerte.

A partir de ese momento los discípulos comenzaron a difundir la vida de Jesús, el Hijo de Dios. El Evangelio recorrió caminos y ciudades y muchas personas abrazaron la fe, se identificaron con Jesús y crearon nuevas comunidades cristianas. Gracias a ellos, nosotros hemos conocido al Señor.

Una historia de riesgos, compromiso, pasión y entrega: vivir, anunciar y testimoniar la fe. También nosotros estamos llamados a ser misioneros de un Dios que es amor, ternura y paz con todos; un Dios que se desvive por sus hijos y que nos lanza a vivir en el amor.

El camino de Jesús y de sus discípulos nunca ha estado exento de dificultades. Ni antes, ni ahora. Ninguna época ha sido favorable al desarrollo del Evangelio, aunque nos lo haya parecido. Pero nosotros, los seguidores de Cristo Jesús, trabajamos, como dice el Apocalipsis, por *«un cielo nuevo y una tierra nueva»*, nos comprometemos por un mundo como Dios lo ha soñado, sin discriminación ni discriminadores, sin víctimas ni verdugos, sin violencia ni opresores...; un mundo nuevo, para todos. Quizá nos resulte utópico, pero así fue la vida de Cristo Jesús. Es el proyecto de Dios y nuestra hoja de ruta.

Al escuchar estas lecturas nos preguntamos **¿qué podemos hacer personal y comunitariamente para recorrer este camino de fe y de compromiso?** El amor es servicio aun sin palabras. El amor es también perdón, respeto, tolerancia, convivencia, solidaridad. Pablo hace una glosa: *«No fomentéis la rivalidad, poneos de acuerdo y amaos mutuamente. No seáis egoístas ni dominantes. Cada uno considere superiores a los demás y nadie mire sólo a lo suyo»* (Fil 2,4). Traducir y concretar el amor de Dios en acciones que promuevan un mundo más humano.

Esta experiencia de amor y compromiso con la justicia, nos vincula, en un compromiso de fe que nos acerque a los desfavorecidos y, al mismo tiempo, no hace sentir que el protagonista de este camino es el Espíritu de Dios que nos da fuerza, nos alienta y guía nuestros pasos. Si nos dejamos llevar por Él, todo será posible.